

Mediodía.
Estampas del México ignorado



Dr. Fernando León García
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera
VICERRECTOR ACADÉMICO

Ing. Sergio Rebollar McDonough
VICERRECTOR DE OPERACIÓN

C.P. Arturo Álvarez Soto
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Jorge Ortega Acevedo
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

PATRICIO BAYARDO GÓMEZ

Mediodía.
Estampas del México ignorado

Proemio de Jorge Ortega

EDITORIAL  CETYS

Mediodía. Estampas del México ignorado

Patricio Bayardo Gómez

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada CETYS, colonia Rivera s/n, Mexicali, Baja California,
C.P. 22159. Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

PRIMERA EDICIÓN, 2017

ISBN: 978-607-97452-5-7

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Diseño de cubiertas: Rosa Espinoza
Foto de portada: Alberto Gómez Barbosa

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

ÍNDICE

Proemio 9

MEDIODÍA. ESTAMPAS DEL MÉXICO IGNORADO

Mediodía	13
Un como bote pintado	17
Cambio de juego	21
El último jefe	27
1928	35
La mesa del escritor	41
Piedras Bola o el México ignorado	45
La sombra	51
Vida y muerte de un electrón	53
Homilía por un vano retorno	57

PROEMIO

El presente libro recoge diez textos en prosa de Patricio Bayardo Gómez (Etzatlán, Jalisco, 1941): cuatro de ellos inéditos —“Cambio de juego”, “El último jefe”, “La mesa del escritor” y “La sombra”—, dos incluidos en su volumen *Teoría del fronterizo* (1973) —“Un como bote pintado” y “Homilía por un vano retorno”— y otros cuatro —“Mediodía”, “1928”, “Piedras Bola o el México ignorado” y “Vida y muerte de un electrón”— aparecidos en su momento en *Arquetipos*, revista de divulgación científica y cultural del CETYS Universidad fundada por Bayardo en abril de 1979 y dirigida por él hasta marzo de 2017, casi ocho lustros.

Se trata, pues, de una publicación que es a un tiempo una novedad y una retrospectiva, una primicia y una compilación. La variedad de procedencia de las composiciones apuntala el carácter híbrido del conjunto, a caballo entre la crónica, el relato, la estampa, el ensayo, a lo que podría sumarse su cambiante longitud. Estos rasgos confirman a la vez la naturaleza del arraigo literario de nuestro autor, repartido en múltiples intereses tanto reflexivos

como inventivos. Patricio Bayardo no sólo ha pensado su circunstancia, donde la literatura ha sido un tema urgente, sino también se ha aventurado con gozo en los meandros de la creación narrativa y la tentación de contar.

Mediodía. Estampas del México ignorado brota del conocimiento, la ficción, los recuerdos. El autor ajusta cuentas con la memoria, pero también cede a la inclinación por desarrollar un saber apócrifo e idealizar un pasado hasta la transfiguración. Como sea, hay en él un fino observador del mundo que lo rodea, el cual parece no haber perdido nunca su vigencia y brillar en un presente perpetuo, fiel a los detalles de la visión primera, la experiencia primordial. Las cosas mantienen su contorno y los ruidos su exactitud. Una luz cenital los baña con una inmediatez, una frescura de eternidad. De ahí que Bayardo no se esfuerce en realidad por hablarnos con soltura y precisión de algo que bien podría resultar complejo reconstruir: el rompecabezas de la infancia o de la adolescencia con su cauda de mitos y vivencias.

De aquí que la prosa de Patricio Bayardo constituya una feliz alianza del testimonio y la fabulación. Su coordenada: el paisaje agreste y social de la provincia mexicana, aunque el suyo remite por razones biográficas a los pueblos de la antigua Nueva Galicia, valga el oxímoron. No obstante, Bayardo lidia con un orden más personal y doméstico de ese contexto geográfico que en su caso se resuelve en una apropiación. La provincia está ahí, panorama de fondo, pero en un más acá hay un chico —futuro hijo pródigo de una hipotética Comala— inmerso en las correrías y los misterios, los trajines y las revelaciones de la edad. Es el drama íntimo del laguense Fran-

cisco González León, el jerezano Ramón López Velarde y, hasta cierto punto, el sayulense Juan Rulfo. Pero el de Patricio Bayardo no es un edén perdido sino, insisto, un estado mental que, eludiendo cualquier viso de nostalgia, recupera la dimensión plácida, jocosa e irónica de la microhistoria.

Mas no todo lo que nos comparte *Mediodía. Estampas del México ignorado* tiende invariablemente, por más que abunde la fruición, a la risueña melancolía de un ayer; igual hay en nuestro polígrafo una pulsión mediatunda y pedagógica que linda con el monólogo interior y el magisterio de la tertulia. Sin renunciar al tono chusco, este vástago predilecto de Etzatlán desmadeja una disertación inteligente y amena que honra el coloquio de los humanistas, dispuesto a la modesta erudición, al espíritu didáctico templado en la cortesía, y a la agudeza y arte de ingenio —para decirlo con Gracián. Una nota adicional: la adhesión a la utopía de unos principios individuales no sujetos a negociación, asumidos como un intransferible modelo ético y estético de acción y raciocinio.

Como en muchos bajacalifornianos, los orígenes de Bayardo están fuera de la península, en Jalisco. Es como esos tantos muchos, y en la mejor connotación de la palabra, un apátrida, o bien, un hijo adoptivo de otras latitudes separado del terruño. Su destino ha sido la frontera norte de México, cornisa de Hispanoamérica, en concreto la ciudad de Tijuana, a la que llegó para quedarse en julio de 1959, a los 18 años, y en la que ha consumado su proyecto de vida, formando una familia, y en la que ha visto cristalizar una amplia trayectoria en los ámbitos de la cultura, el periodismo y la educación, desempeñándose

como editor, autor, bibliotecario, regidor y funcionario público, leal a su gama de convicciones ideológicas y espirituales.

Dicho lo anterior, la experiencia migratoria, el hogar trasplantado y la perdurabilidad de las reminiscencias se han convertido para Patricio Bayardo Gómez en la condición de su escritura, o sea, en aquello que le ha permitido elaborar desde la esquina noroeste del país, lejos de su cuna, un imaginario alimentado por la verdad y la fantasía, la objetividad de lo percibido y el barniz de cosa legendaria que el arte suele transferir a los temas de los que se ocupa. Resta ahora al lector abandonarse a la amena riqueza descriptiva, el humor cómico y la singularidad de ciertos giros expresivos de estas páginas, en las que, por lo demás, la deleitosa añoranza y el contenido entusiasmo hallan en la personalidad cordial y ecuaníme de don Patricio el cruce de caminos donde nacen todas las promesas.

JORGE ORTEGA

MEDIODÍA

Apisonando el grano en tiempos de siembra, sepultado de un golpe, se queda como un misterio en la esperanza de sequía de mayo. El grano germinará torres de cañas coronadas de espigas, porque la milpa es la espera.

Apenas nace y es saludada por los cohetones que piropean a una virgen que pasa a la vera. Nace débil, peligrando en la granizada, doblado por el viento de una tormenta: crece en las lluvias ceñida por los matojos, delicioso bocado en establos y caballerizas.

Crece con la angustia seca de las bocas de los campesinos, de labios y talones agrietados, hambre estampada en las espaldas; crece mientras al mediodía pica en ristre, el yuntero se detiene para echar mano al bule, antigua calabaza convertida en cantimplora ambulante para apagar la sed.

Es mediodía. Se detiene para ver el llano. La hilera de sauces es el índice acusador de un arroyo. Cercos de púas dividen las parcelas rizadas de surcos, trazo hecho con una mágica plumada carente de teodolito, coordinadas sabiamente aprendidas de padres a hijos.

Mediodía. Agua que viene. Olor de grana. Milpa agitada, cerros azulosos a izquierda y derecha. Nubes blancas de fina mantelería simulando gibas, cuernos, aves, rostros; azul cielo distendido a todo el horizonte.

El maíz anhelado en las trojes.

Pero lejos, en el pueblo, el burócrata banquero, mientras escucha por la radio de transistores la última tonada yanqui, espera impaciente la una para remojar-se la garganta con mezcal. El mediero escribe, suma, resta, calcula, echa rayas en la pizarra, en tanto los mozos van sacando los costales de trigo para orearlos en las banquetas.

Los niños deletrearon en la escuela “maaa-iii-zzz” al filo de la última lección, luego la campanada los hace salir en fila india hacia el patio para desperdigarse hasta el retorno, a las tres. La campana del reloj da las doce. El cura, en su oficina, hace notas, recibe exhortos, hojea el breviario.

Los ediles juegan al dominó y los choferes ponen en movimiento las bolas de billar. El ruido de una cortadora eléctrica interrumpe la charla entre el boticario y el quejoso. Los dependientes de las tiendas despachan bro-meando; el mercado se baña de moscas, las vísceras cuelgan de los garfios, se empolvan la verdura, el piloncillo se ennegrece, las balanzas suben y bajan, y en los cajones suenan duros, golpeado, los pesos...

La espera del maíz encarece la carne, la leche del frijol. Diversifica los oficios. En las casas, las muchachas mueven el pedal de la máquina de coser mientras su don-cellez da vuelo al magín. La radio distrae, vende, da noti-cias, también la hora.

Zumban los motores de los molinos. Los gritos de la concurrencia aturden a las operarias. Un auto con sonido anuncia la función de la tarde. El casi locutor dice “ahiti”, por “Haití”; “Taironepógüer”, por Tyrone Power; “Susanjeigord”, por Susan Hayward. El disco con una canción de Lara, “si me quieres déjame vivir”, pone a cantar a las princesas cautivas por la escoba; ollas regurgitan en la cocina, los niños se persiguen con bolas de lodo, las fachadas se van descolorando y en las huertas esperan madurar mangos y guayabas.

Pasa el cartero. El distribuidor de periódicos comenta con el suscriptor el principal encabezado y sigue de frente, al tiempo que suelta la frase ritual “hay movimiento”. Los que llevan por la tarde el pan a las rancherías penetran sigilosamente y se van a vagabundear a la plaza. Allí, el bolero bromea con el rico venido a menos, quien, impecablemente vestido, acude al rito diario. Los viejos descansan bajo los fresnos y rememoran el ayer.

Nadie recuerda que al amanecer los hombres se fueron a la siembra —con excepción de madres y esposas—, a nadie le preocupa saber que en los cuatro puntos cardinales se fragua la bonanza y el alarido de los septiembres; que del buen tiempo depende se liquide la refacción, se desempeñen muchas cosas, se paguen letras vencidas, cuentas largas en la ferretería.

De eso depende que las muchachas estrenen vestido y los muchachos sombrero y chamarra, también está pendiente la pitanza de los músicos para tocar largo y tendido hasta el amanecer; está en veremos la pensión del estudiante, el pago de la viuda agiotista, los aboneros, el cuentón con el médico.

La tierra se evapora. Un calor suave acaricia los cuerpos. El olor de la leña verde anuncia la hora de comer. Cantan las calandrias y vagabundean los correcaminos. En punto de la una pasa un tren carguero. La gente asoma la cabeza por las ventanas. Se abren puertas y postigos. Los chiquillos avanzan a la estación para ver, maravillados, el raudo paso de las góndolas.